

## Un hombre sin fe

Escribe: POLICARPO VARON

Poco después de que Eladio Roa murió, todo el mundo habló de él durante varios meses. En realidad no era la muerte de Eladio Roa lo que preocupaba a la gente y menos el recuerdo de lo que hizo o el recuerdo de las muchas cosas que se ufanaba de haber hecho en vida.

Eladio Roa se había casado a los dieciocho años con Catalina Sanabria. Vivió cincuenta años con ella y le dejó diez y seis hijos vivos y ocho muertos.

Bajo, gordo, de manos pequeñas y grasosas, edificó casi a lo largo de toda su vida una inmensa casa de dos pisos y piezas amplias y paredes gruesas que pintó de azul y ventanas grises de marcos gruesos, bastas. La compartió con algunos de sus hijos (solo engendró una mujer) y le puso un letrero blanco en la pared del frente:

### *CASA DE ELADIO ROA*

Construyó en el cementerio una cripta de diez bóvedas que fue ampliando con el tiempo y la adornó con una pequeña capilla a la Virgen del Carmen y fue poniendo allí hijos, nietos y sobrinos y no dejó de visitarlos en día de difuntos o en días de duelo familiar acompañado de nuevos parientes, generalmente muertos.

Salía los domingos en la mañana vestido de paño negro y sombrero de ancha ala y conversaba con las personas en la plaza. Le gustaba hacer corrillo y cuando había quien lo oyera contaba que había puesto los cimientos de la casa que estaba en la esquina principal del pueblo, que había traído los primeros ladrillos para la iglesia, que había cargado las macizas puertas de hierro y la imagen de San Juan que estaba en el altar mayor y la de la

Virgen del Carmen que vigilaba a la entrada del pueblo; que había puesto todo su empeño para la construcción de la carretera y del puente que salvaba el río San Juan y que había sembrado las ceibas de la plaza y puesto la cruz guardiana de San Juan en la cima de la colina. . . Podía hacer la historia de las familias que vivían en San Juan y señalar una por una las casas según el orden en que se fueron construyendo a medida que crecía el pueblo. . .

O podía ser una conversación sobre las últimas noticias políticas oídas la noche anterior en su viejo radio Philco. Eladio Roa era el jefe virtual del partido conservador en San Juan.

Luego se alejaba con su paso menudo pero solemne, saludando a los conocidos con una mano en el ala del sombrero y sintiéndose orgulloso de que casi todo el mundo le dijera “feliz día, don Eladio”.

Pero la gente ya no recordaba estas cosas. Solo pensaban en que Eladio Roa había muerto fuera de la ley de Dios, según habían visto y oído cuatro viejas que lo ayudaron a morir. . .

\* \* \*

¿Quién iba a tener la culpa si Eladio Roa nunca había estado enfermo? Jamás el sol lo había cogido en la cama. Y si ahora Catalina tenía que subir las escaleras cincuenta o más veces al día y si las dos nueras no paraban y si dos de las cuatro viejas que se turnaban para acompañar a Catalina tenían que estar a los pies de su cama vigilando que no se fuera a levantar de un momento a otro y oyéndolo quejarse y llamar a Catalina para que le pasara algo, para que le respondiera algo, para que le contara algo, para que le recordara algo, y si Eladio Roa se quejaba de que el viejo colchón de paja le estaba formando ampollas en la espalda y en los cuadriles y había que cambiarlo de sitio, voltearlo y colocarle almohadas y trapos debajo, era porque él solo había usado su vieja cama de hierro el tiempo necesario para dormir con Catalina.

Eladio Roa no hizo caso cuando el dolor empezó en la boca del estómago. Se tomó un agua de yerbas. El dolor siguió y él hizo lo posible por olvidarlo, pero el dolor lo fue venciendo. Un día Eladio Roa se dio cuenta de que el estómago había empezado a hinchársele, el dolor era ahora agudo, apenas lo dejaba caminar, y alguien le dijo que dejara de beber agua mezclada con panela por las noches y que era mejor que se quedara quieto y viese un

médico. Eladio Roa no hizo caso. Permaneció unos días sentado esperando, burlando el dolor, pero una tarde, dos de sus hijos tuvieron que levantarlo y llevarlo a la cama. Entonces Eladio Roa pensó que lo mejor era morir de pie, como había vivido y empezó a disputar con las viejas porque no lo dejaban levantar.

Dos meses después continuaba acostado viendo cómo su estómago crecía y bebía todavía de la tinaja, así el médico se lo hubiera prohibido, era un martirio no tener su agua por las noches y oír las peleas de Catalina y su llanto delgadito después de que lo veía beber: ¡Eladio, te estás matando! La tinaja había estado durante cincuenta años al lado de la cama y nadie (ni los hijos, ni el médico, ni Catalina) la iban a quitar de allí aunque él tuviera que pararse a defenderla. La humedad había terminado por podrir el entablado, por carcomer la madera y el líquido frío y sabroso por las noches era la causa —le habían dicho— de esa hinchazón que nada detenía (ni siquiera las cataplasmas diarias de las viejas, a veces frías, a veces calientes) y que el ombligo se estuviera vetiando, que las hendiduras estuvieran a punto de abrirse, que su ombligo pareciera un botón rosado en el centro del estómago: que las viejas habían tocado todos los días y habían cubierto con trapos húmedos y tibios alternativamente hasta manchar la piel y dejar ese olor agrio en toda la habitación.

Eladio Roa se dio cuenta un día, que su estómago crecía por voluntad propia, formando un cuerpo aparte. El tórax y la cabeza habían quedado ocultos. Las viejas, a los pies, apenas oían la voz y de vez en cuando el movimiento de las manos. Era innecesario pensar que pudiera levantarse. Ya no le apetecía el agua mezclada con panela. Era mortificante voltear un poco la cabeza para beber, pero el estómago le exigía cada vez mayor cantidad de mezcla y era imposible negarse, de manera que un jarro permanecía junto a la almohada en las manos de Catalina. Eladio Roa no sabía qué podían hacer las dos viejas en su bajo vientre ahora, ignoraba el color y el olor de las cataplasmas. La hinchazón crecía rápidamente y la piel se le quebraba. Estaba totalmente rígido e inmóvil y las llagas se agrandaban y no se podía voltearlo, pero esto ya no importaba. Todo terminaría muy pronto cuando la hinchazón reventara por algún lado. El estaba limitado a mirarla crecer, a vigilarla incómodamente. Quizás fuera mucho antes, porque él iba a llamar a uno de sus hijos para decirle que abrieran eso, aunque sabía que sus hijos no le iban a obedecer...

Era increíble que Catalina y las cuatro viejas empezaran a llorar desde temprano y que no esperaran que Eladio Roa muriera para arreglar la casa para el duelo. Era como si le estuvieran preparando la muerte con anticipación. Eladio Roa no se iba a ir de este mundo tan fácilmente. Era cierto que la casa azul se iba desdibujando, que la casa azul dejaba de ser azul y era gris, de un gris pálido, y luego casi blanca y un momento después una nube pálida que desvanecía el sol; era cierto que los años en que limpió la plaza de San Juan, de maleza, estaban muy lejos; era cierto que ya no recordaba si verdaderamente había hecho matar dos o tres enemigos o solo permitió que la gente fuera llevando el cuento; era cierto que había cosas que se le estaban saliendo de la memoria, como si alguien le metiera la mano, cosas tan claras como los delgados barrotes de hierro de su cama que otros días sentía entre los dedos; era cierto que comenzaba a no sentir su cuerpo; un sueño pesado lo iba ganando. Algo así como comenzar a bajar pendientes en el sueño. Como caer en el abismo sin fondo del primer sueño, dejando una grieta por donde cabían los sollozos de Catalina y guardando en la memoria —lo último— los nombres de sus hijos, aunque fueran saliendo tan confusos, aunque la lengua pesada se los quisiera negar, él iba a poder bendecirlos y decirles algo antes de morir, porque Eladio Roa todavía no estaba muerto para que esas maldingas viejas le cantaran el:

*¡Señor recíbelo en tu reino  
y dale consuelo y descanso eternos!*

Eladio Roa apenas estaba resignándose, aceptando tristemente que ahora no era ni memoria, ni recuerdo, ni palabras, ni ojos: únicamente estómago.

El cura había venido —alto, colorado y español— y hablando con voz constipada:

—¿Cuánto hace que no te confiesas?

—Hace 32 años, padre. Desde el año treinta. Yo perdí la fe cuando cayó el partido conservador.